

Cristo murió para redimir a la raza humana

Muchas personas declaran: Cristo murió por mis pecados. Sin embargo, la mayoría de los que pronuncian estas palabras no llegan a comprender qué implica esta declaración.

Tampoco se comprende bien por qué Dios no podía evitar la muerte de su Hijo unigénito en favor de la humanidad (Juan 3:16). Si no se conoce bien esta cuestión, como consecuencia no se puede interiorizar ni apreciar debidamente el sacrificio de Cristo. Por eso la expresión: “¡Cristo ha muerto por mí!” carece a menudo de su verdadero significado y apreciación para el que la pronuncia, al no comprender en profundidad la trascendencia que encierra.

La Biblia (un libro digno de confianza, porque es Palabra de Dios y cualquiera puede verificarlo, Juan 17:17) nos dice que en un determinado momento hubo un conflicto en el cielo. Lucifer, el querubín cubridor, se rebeló contra Dios y sus leyes, y con él la tercera parte de los ángeles (Ezequiel 28:11-19, Apocalipsis 12:9).

Los rebeldes esparcieron dudas sobre el carácter de Dios y sus leyes... Dios no los derrotó ni los eliminó, sino que por el contrario, permitió que esparcieran su política para que el resto del universo (incluidos Adán y Eva, quienes sucumbieron a las tentaciones de Satanás en el Edén) discerniera en escenario abierto hasta dónde nos conduciría la rebelión contra Dios y sus leyes.

De esta manera, permitiendo Dios que la política del ángel rebelde (Satanás) se manifestase, los ángeles no caídos y los seres humanos elegirían libremente los caminos de Dios, o bien los caminos de la rebelión. Adán y Eva, a pesar de que habían sido advertidos en el Edén, eligieron la política de Satanás, transgrediendo las leyes de Dios y cayendo en pecado. (El árbol del fruto prohibido era un símbolo de la soberanía de Dios y de sus leyes justas y perfectas)

Nuestros primeros padres, al caer en pecado, estaban condenados a la muerte ¿por qué? Porque el pecado es transgresión de la ley de Dios (1 Juan 3:4) y la paga del pecado es la muerte (Romanos 6:23). La caída trajo a nuestros primeros padres la pérdida de la paz interior. Ante la visita de Dios, se escondieron y sintieron desazón (Génesis 3:8).

Como consecuencia se manifestó en ellos una naturaleza caída, adquiriendo unas tendencias inherentes a la desobediencia. Antes de la caída Adán y Eva eran perfectos, y para ellos obedecer la ley de Dios era tan sencillo como respirar; pero ahora habían perdido esa disposición natural.

El germen del pecado, como si fuese un virus mortífero, había penetrado en estos seres, y se había manifestado en ellos una enemistad contra Dios, quedando incapacitados para hacer el bien. Además, su pecado llevaba en sí mismo el germen de la muerte.

Apartados del dador de la vida, la paga del pecado era la muerte (Romanos 6:23). Ninguna salida tenían por sí mismos.

EL PLAN DE LA REDENCIÓN

Dios, en su amor, planea un plan para redimir la raza caída, el único que podía dar resultado. De esta manera, tanto los seres no caídos como los caídos tendrían oportunidad de conocer el verdadero carácter de Dios y su amor insondable. La humanidad tendría oportunidad de aceptar el rescate y no morir eternamente. El plan de redención (y el gran amor vertido en él) también desenmascararía la política de Satanás con la cual había propuesto (engañosamente) vivir con “libertad” lejos de las leyes de Dios.

Hoy, contemplando el mundo, vemos con claridad a dónde nos ha conducido la rebelión, y cuánto dolor y pecado envuelve a éste planeta, amén de la muerte. El rescate y el amor de Dios para salvar a la humanidad (a través de Cristo) es digno de admiración y profundización. Las leyes y la justicia de Dios son eternas e inamovibles, y en él no hay sombra de variación (Santiago 1:17), de tal manera que al pecar el hombre, debía morir irremisiblemente, porque como he mencionado, el pecado llevaba en sí el germen de la muerte y la imposibilidad de que ese germen tuviese salida en sí mismo o por sí mismo (1 Corintios 15:56). Además, al pecar, nuestros primeros padres habían adquirido una naturaleza caída y así transmitieron a la raza humana esta condición.

La justicia inmutable de Dios exigía la muerte del pecador (Romanos 6:23) pero si Cristo cargaba con nuestros pecados y moría en nuestro lugar, saldaba esa deuda con su propia justicia divina que demandaba se pagase la penalidad (por el pecado de la humanidad). Cristo es nuestro sustituto. Murió en nuestro lugar para que nosotros no tuviésemos que afrontar la

muerte eterna que prescribía nuestro pecado. ¡Esta es la maravillosa provisión del Evangelio! Dios cargó en sí mismo el castigo que su propia justicia exigía y así la satisfizo.

La muerte expiatoria de Cristo (en nuestro favor) es una demostración de la justicia de Dios de modo que él sea el justo y el que justifica (Romanos 3:23).

Para cumplir todo lo dicho, Cristo se humilla y viene a nuestro escenario poniéndose en nuestros mocasines, en nuestro terreno.

Abundantes profecías, con todo detalle y con muchos años de antelación (os invito a investigarlas en la Biblia) anunciaron el nacimiento del Mesías. La bienaventurada virgen María concibió por obra y gracia del Espíritu Santo (Mateo 1:18). Y Dios se encarnó y habitó entre nosotros (1 Timoteo 3:16).

Él (Cristo) tomó la forma y la naturaleza humana para alcanzarnos donde estábamos y poder pasar por nuestras experiencias, haciéndose uno con nosotros en todo, menos en el pecado, porque él no pecó. Fue tentado en todo, pero sin pecado (Hebreos 4:15 y Hebreos 2:18)

Cristo, además de ser nuestro sustituto, cumpliendo las exigencias divinas, vino a demostrar también que en esta naturaleza nuestra (la que él tomó), se puede vivir venciendo el pecado, ya que el Espíritu Santo morando en ella es más poderoso que la carne con sus tendencias.

Después de esta experiencia (de Cristo) morando en esta carne, la que él tomó cuando se encarnó, con la plenitud del Espíritu Santo y sometiendo las inclinaciones de la carne, demostró que su pueblo podría también vencer recibiendo el mismo poder que él tuvo, porque somos llamados a ser participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4).

Es importante que entendamos (y así se declara en los textos Bíblicos) que Jesús no vino como un Supermán o un Salvador lejano, sino cercano, a la mano. Él no tomó la naturaleza de Adán antes de la caída (la cual no tenía debilidades ni tendencias inherentes a la desobediencia).

Conviene aclarar que las tendencias no son pecado en sí mismas, pero invitan a pecar continuamente. Nuestra naturaleza en sí misma no es pecado, pero ha heredado de Adán y Eva una debilidad y unas tendencias que la han conducido a alejarse de Dios e irremediablemente a sucumbir en el pecado. “Por cuanto todos pecaron...” (Romanos 3:23). Sin embargo,

Cristo tomó nuestra naturaleza tal como esta es, para comprendernos y saber cómo socorrernos (Hebreos 2:18).

Si no se pone absolutamente en nuestro lugar y pasa por nuestras experiencias, ¿cómo iba a saber cómo socorrernos? Así dice la Escritura: “Pues en cuanto él mismo (Cristo) padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

Él nació del Espíritu Santo, pero de la parte de la virgen María, vino según nuestra carne. Esto quiere decir que tomó nuestra naturaleza caída, debiendo hacer frente a todos los condicionantes, tendencias y luchas que esta tiene.

Romanos 1:3 dice: “Acercas de su Hijo nuestro Señor Jesucristo que era del linaje [griego: spermatos] de David según la carne...” En Hebreos 2:14-18 dice claramente que Jesús no tomó la naturaleza de los ángeles (la naturaleza de los ángeles era no caída) sino que tomó la simiente de Abraham.

Así dice la Escritura: Por cuanto los hijos (nosotros) participamos de carne y sangre, él (Cristo) también participó de lo mismo (Hebreos 2:14). Y si participó de lo mismo, es porque tomó nuestra naturaleza, la misma que tuvo David, Abraham y todos nuestros antepasados, no sólo en genealogía sino en todo lo demás... ¡y ya no cabe más humillación!

Abundantes textos bíblicos, además de los mencionados, nos indican (y cualquiera puede comprobarlo) sin lugar a dudas que Jesús tomó sobre su naturaleza impecable nuestra naturaleza caída, haciéndose uno con nosotros.

Hebreos 4:15-16 reafirma esta verdad: “porque no tenemos un sumo sacerdote (Cristo) que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza (según nuestra naturaleza); acerquémonos pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

De esta declaración se deduce que si Cristo fue tentado en todo como nosotros, tuvo que tomar nuestra naturaleza caída, la cual es tentada en todo: desde adentro por las tendencias inherentes, y desde afuera. Y sabemos que nuestra naturaleza es problemática. Pero Jesús, Habiendo renunciado voluntariamente al uso independiente de su divinidad, dependiendo del Padre y recibiendo la plenitud del Espíritu Santo, condenó al pecado en la carne como dice en Romanos 8:3.

¿Qué significa esto? Que le hizo frente al pecado en el propio territorio donde este estaba atrincherado (la carne), y no respondió, no satisfizo, las tendencias de la carne que le tentaban a pecar. La Palabra de Dios dice que Jesús vino en semejanza de carne de pecado. (Romanos 8:3)

A algunos les preocupa la Palabra semejanza, como si fuese algo parecido y no igual. *Semejanza* de carne de pecado, en griego es “*homoioma*” y significa de la misma clase, del mismo tipo de sustancia. Es la palabra de la que deriva nuestra voz ‘homogéneo’. No es simplemente ‘parecido’. Los textos de Hebreos 2:11, 14 y 17 enfatizan la identificación de Cristo con nosotros, los hijos de Adán. Por lo tanto, si en Filipenses 2:7 Cristo “semejante a los hombres” significa ‘hombre’, en Romanos 8:3 “semejanza de carne de pecado” significa ‘carne de pecado’, ‘carne caída’, la que tú y yo tenemos, la que Cristo tomó.

Romanos 1:4 describe a Cristo viniendo como Hijo de Dios según el Espíritu (Lucas 1:35), pero viniendo en el cuerpo de nuestra baja (Filipenses 3:21) es decir, de la herencia de David según la carne. Si tomó nuestra naturaleza tal cual es con todos sus condicionantes -y así lo manifiesta la Sagrada Escritura-, ¿en qué sentido era pues Jesús distinto de nosotros?

1. Porque nunca pecó. Él asumió nuestra naturaleza caída, pero nunca pecó.
2. Porque junto a la plenitud de la humanidad, él poseía la plenitud de la divinidad (aun habiéndola velado).

Él vino como un Ser cuya voluntad había sido sometida previamente al Padre. Y aunque hay un milagro irrepetible viniendo a este mundo según el Espíritu (Lucas 1:35), sin embargo, tomó el cuerpo de nuestra baja (Filipenses 3:21).

En esta carne conflictiva que es la nuestra, Cristo desarrolló una justicia perfecta, sometiendo a la carne con sus tendencias y obedeciendo en ella las demandas de la ley de Dios. Se mantuvo inmaculado en un horno de fuego: el horno de nuestra naturaleza caída (la que él tomó).

Justicia (la que él desarrolló en carne caída), no es un término que se pueda aplicar a la naturaleza de Adán antes de la caída, ni a los ángeles sin pecado. Se refiere a una santidad (la de Jesús) que entró en conflicto con el pecado en carne humana caída, y que triunfó sobre él.

Si Jesús, al venir, hubiese tomado la naturaleza de Adán antes de la caída, o bien la de los ángeles no caídos, hubiese sido un salvador lejano, extraño. No hubiese podido experimentar lo que nosotros experimentamos, ni nos hubiese podido socorrer ni comprender (Hebreos 2:18)

De haber tomado la naturaleza de Adán antes de la caída, no habría podido ser nuestro sustituto, ni hubiese podido morir a fin de ser nuestro sustituto. Tuvo que venir en humanidad caída y así tomar sobre sí la mortalidad a la que esta naturaleza caída estaba abocada; amén de vivir en ella la vida impecable que la ley de Dios exigía, sometiéndose a ser hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) y muriendo la muerte que la ley de Dios exigía.

Nuestro pecado “lo hizo” suyo a fin de que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él (2 Corintios 5:21).

La muerte no hubiese tenido poder sobre Cristo si Dios no hubiese puesto sobre él la iniquidad de todos nosotros al tomar nuestra naturaleza caída. Fue hecho en semejanza de carne de pecado (Romanos 8:3), fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Fue sin pecado y sin embargo, no solamente contado como pecador (sin serlo), sino tomando sobre sí nuestra naturaleza caída para poder ser nuestro sustituto y morir en nuestro lugar en la cruz del Calvario. (Desde el principio y a lo largo del Antiguo Testamento, el sacrificio de Cristo en la cruz ha estado tipificado y simbolizado por el sacrificio del cordero. El capítulo 53 del profeta Isaías anuncia al Varón de dolores, maltratado y humillado que como cordero fue llevado al matadero).

En las Escrituras, parece evidente que la cruz de Cristo revela la tremenda gravedad del pecado del hombre. También revela la profundidad del amor de Dios por el pecador. Cristo llevó nuestros pecados sobre la cruz como si hubiesen sido propios (1 Pedro 2:24) y se sometió al juicio de Dios sobre él. En su muerte, miramos a Uno que murió por todos y por consiguiente murió la muerte de todos nosotros (Isaías 53:6; 2 Corintios 5:14).

¿Qué pues debemos hacer para ser salvos? Aceptar la obra de Cristo en nuestro favor. Cuando acudimos a Jesús, pecadores, tal y como somos, Jesús nos perdona y nos imputa (nos cubre) con su justicia perfecta, la que él desarrolló en carne humana caída. Dice la Palabra de Dios: “justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1).

Cuando nosotros nos arrepentimos y aceptamos el plan de redención en nuestra vida, por fe somos cubiertos con la justicia de Cristo, no como una mera transacción ficticia, sino como algo real y efectivo. Él nos declara perdonados y justos, debido únicamente a su justicia perfecta, aplicada a nuestra vida. Y así, Dios ya no nos ve conforme a nuestros harapos, sino que nos contempla a través de la justicia de Cristo puesta en nosotros. La justicia de Cristo es sinónimo de su ley, su carácter perfecto, desarrollada en carne caída (la que él tomó).

Así que, cuando aceptamos por fe su justicia perfecta nos convertimos en hijos suyos, no solamente por creación sino por redención. ¿Por cuánto tiempo necesitamos retener la justicia de Cristo sobre nosotros? Mientras vivamos, puesto que en nuestra carne caída por sí misma no mora el bien. Por sí mismo, dice la Biblia, no hay justo ni aun uno (Romanos 3:10).

Cada día necesitamos entregarnos a Jesús y reclamar su justicia, mediante nuestra entrega a él. Mientras vivamos en este mundo, nuestra naturaleza caída querrá arrastrarnos en el sentido equivocado descendente.

El apóstol Pablo dijo: “Cada día muero” (1 Corintios 15:21). ¿A qué moría? A las tentaciones malas de la carne. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo” (Mateo 16:24).

Negarse a sí mismo significa que se ha de resistir (con el poder de Dios obrando en nosotros) a los malos deseos de nuestra naturaleza caída. El apóstol Pablo nos dice: “Más vestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne en sus deseos malos” (Romanos 13:14).

Nuestra naturaleza no es nuestro aliado en la lucha cristiana, es nuestro enemigo. Al contrario que el Espíritu Santo, la oración y la fe. ¿Hasta cuándo durará nuestra naturaleza caída? Hasta que Cristo venga en su segunda venida (Juan 14:1-3). “Pero cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: sorbida es la muerte con victoria (1 Corintios 15:54).

Tanto los que resuciten, como los que estén en pie cuando Cristo venga, recibirán una nueva naturaleza, sin tendencias al mal, curada; pero mientras tanto, habrán formado en ella un carácter santo por la obra del Espíritu Santo, dando fe de que así como Cristo venció, ellos también vencen.

En los que creen, aceptan y experimentan la justificación por la fe, se produce una transformación del corazón instantánea y también en progresión. La justificación por la fe es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por este lo que este es incapaz de hacer por sí mismo; por lo tanto, es más que una declaración de absolución por los pecados pasados y presentes. El corazón que estaba en rebeldía contra Dios e incapaz de obedecer las demandas de la ley, es reconciliado con Dios convirtiéndose en obediente debido a la justicia de Dios puesta sobre él y que en el creyente obra por el poder del Espíritu Santo. A ese maravilloso cambio se le llama el nuevo nacimiento.

La obediencia, a partir del nuevo nacimiento, es posible, porque la fe trae a Cristo a nuestro corazón (en la persona del Espíritu Santo) y como la ley de Dios está en el corazón de Cristo, la hace efectiva en el corazón de todo aquel que cree.

En nuestra naturaleza caída no podíamos hacer frente a las demandas de la ley, pero ahora, con Cristo en el corazón (por medio del Espíritu Santo) la obediencia se produce gozosamente.

Jesús dijo: “Si el pámpano está unido a la vid, lleva fruto”. Jesús es la vid y nosotros los pámpanos (Juan 15:15). Y todo esto viene de Dios (no lo olvidemos) para que de nada tengamos que gloriarnos ni jactarnos. Dos textos del apóstol Pablo lo atestiguan:

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, (gracia quiere decir favor inmerecido) mediante la redención que es en Cristo Jesús (Romanos 3:24).

“Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe, no por obras para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8; Juan 3:16).

Todos los esfuerzos de obras “meritorias” que se realicen para la salvación están viciados. Únicamente nos salva la gracia de Dios. Cuando nos rendimos a Dios, él es el que obra en nosotros el querer como el hacer por su buena voluntad (Filipenses 2:13).

El fariseo se jactaba de sus buenas obras, pero no fue justificado. En cambio, el publicano que reconoció su condición y sus harapos, sí fue justificado (Lucas 18:9-14).

Las verdaderas obras y los frutos del Espíritu (exentos de méritos personales) se producen en el corazón del creyente de una manera tan natural como el manzano da manzanas, por la acción del Espíritu Santo morando en el creyente. Luego, si los produce el Señor en nosotros

cuando nos convertimos, ¿de qué tenemos que gloriarnos? ¡Sea la gloria y la honra para Dios!

El ser humano sólo tiene que creer, aceptar y estar unido a Jesús como el pámpano a la vid, mediante una entrega diaria, y los frutos vendrán para gloria de Dios. Esta es una experiencia real para todo aquel que quiera experimentarla. El apóstol Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

Cristo es el motor y el autor de todo lo bueno en la vida del que se rinde a él. Por lo tanto, la justicia de Cristo puesta en el creyente implica lo siguiente: En el llamamiento a la cena de las bodas del Cordero (simbolizando a Cristo) (Apocalipsis 19:7-8), encontramos la justicia de Cristo brillando en su pureza, sin mancha, arruga, ni defecto, representada en esas vestiduras de lino fino limpio y resplandeciente dadas a sus hijos. Esto no nos habla de una mera transacción legal; nos está hablando de una justicia impartida al converso, que se manifiesta eficazmente en las vidas de los cristianos, que reflejan el carácter de Jesús. Cristo ha obrado en ellos y han sido justificados y transformados, y lo seguirán siendo mientras vivan y se entreguen cada día al Salvador. Y todo esto viene de Dios como dádiva maravillosa.

Antes de la conversión, el ser humano manifestaba los frutos de la carne (del pecado); mas ahora manifiesta los frutos del Espíritu, que son: amor, gozo, paz, paciencia, longanimidad, mansedumbre, templanza, etc (Gálatas 5:22-23).

Este es el milagro de la conversión. Jesús dijo a Nicodemo: “Si no naces de nuevo (si no te conviertes) no puedes ver el reino de Dios (Juan 3:5) y eso mismo nos dice a nosotros. La parábola del hijo pródigo representa a todos los extraviados y alejados de Dios. Cuando el hijo pródigo volvió lleno de suciedad y de harapos (símbolos del pecado), el Padre (en representación de Dios) le abrazó y le puso los mejores vestidos, e hizo un gran banquete. Todo esto representa el amor de Dios por nosotros. Hay fiesta en el cielo cuando un pecador se entrega a Jesús. Esos vestidos que le puso el padre al hijo pródigo, simbolizan la justicia de Cristo con la cual nos cubre.

Sólo en Jesús hay salvación. Él es una fuente inagotable de paz y de esperanza para todo aquel perdido que acuda a él. Acude a Jesús tal como estás. Él dice: “Al que a mí viene no le echo fuera” (Juan 6:37). “Venid a mí

todos los que estáis trabajados y cargados y yo os daré descanso” (Mateo 11:28).

Si caes, él te levantará. Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo (1 Juan 2:1).

Él quiere darte la victoria sobre todo pecado y plasmar su carácter en tu vida. Si estás vacío, insatisfecho, lleno de incógnitas y te pesa tu pecado, acude a Jesús y serás una nueva criatura.

El apóstol Pablo dice: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Las cosas viejas pasaron; he aquí todas las cosas son hechas nuevas por Cristo” (2 Corintios 5:17).

Y aún en este mundo de aflicción tendrás paz y una herencia eterna en un mundo nuevo, donde no habrá más llanto ni dolor ni clamor ni muerte, y donde enjugará Dios nuestras lágrimas (Apocalipsis 21).

Esta promesa está cercana. Las profecías cumplidas y el deterioro del mundo en todos los sentidos indican (aunque no sepamos el día ni la hora) que la segunda venida de Cristo para dar cumplimiento a esta promesa está cercana, y debemos prepararnos como vírgenes prudentes (Mateo 25).

Cristo se ha humillado tomando nuestra naturaleza caída; se ha humillado hasta la muerte y muerte de cruz (Filipenses 2:8). De tal manera nos amó Dios, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda, más tenga vida eterna (Juan 3:16).

Su *ágape* (amor) nos debe constreñir a no vivir para nosotros mismos sino para aquel que nos redimió, llevándonos a exclamar con Isaac Watts (autor de himnos cristianos):

*“Al contemplar la excelsa cruz, do el Rey de gloria se entregó,
Tesoros mil que ven la luz con gran desdén contemplo yo,
Que su ágape aniquile nuestro yo y
derrita nuestro corazón”*

Aceptémosle como nuestro Salvador personal, porque lejos de él y de su rescate sólo hay desazón y muerte. Sólo él es el camino, la verdad y la vida.

¿Aceptarás hoy su invitación? “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:15).

Te deseo la libertad con que Cristo me ha libertado. Todas las demás libertades, sin esta, son caricaturas y más tarde o más temprano, más bien temprano que tarde, conducen a la esclavitud. Sólo si Jesús nos libertare, seremos verdaderamente libres (Juan 8:32).

Llamado de Jesús al pecador

*Viajero de la tierra, cansado peregrino,
que por el ancho mundo vagando triste vas,
buscando gayas flores que alegren tu camino,
cuando ásperos zarzales tan solo encontrarás.*

*¿Por qué de mí te alejas pobre ovejuela errante y vas
nocivos pastos buscando con ardor?*

*¿Por qué la voz no escuchas de tu pastor amante?
Tu corazón ha sido formado para el cielo
y yo de lo infinito la aspiración le di;*

*Y como hallar no puede la dicha en este mundo,
inquieto estará siempre si no descansa en mí.*

*Ven, ven a mí que te amo, con sin igual ternura.
No busques más del mundo la torpe vanidad.
En mí hallarás la calma, la vida y la verdad.*

Querido lector: En esta breve exposición sobre la redención de Cristo, tan solo he podido dar unas pinceladas. Lógicamente, el tema es profundo e inmenso, tanto que será objeto de estudio por los siglos eternos. Si tú deseas profundizar en este tema, puedes solicitar más lectura gratuita sobre el mismo al siguiente e-mail:

pilaes60@yahoo.es

Pilar Laguardia.